

Licenciado en historia en París, vivió en Madrid y Nueva York; dirigió revistas de libros y revistas de cocina, recorrió medio mundo, tradujo a Voltaire, Shakespeare y Quevedo, plantó un limonero, tiene un hijo y ha publicado unos veinte libros. En esta entrevista, Martín Caparrós (Buenos Aires, 1957) nos cuenta sobre su nuevo libro de crónicas, y sobre sus gustos personales en cuanto al buen comer y al buen beber.

El encuentro se desarrolló una fresca mañana de mayo, en un café de Palermo, a unas pocas cuadras de Plaza Las Heras, justo al lado del consultorio del dentista a donde Caparrós iría después de la entrevista. Por eso la idea de encontrarnos allí.

“Hace cuatro años me contrató el Fondo de Población de Naciones Unidas para hacer algo que hasta entonces no existía. Todos los años publican un informe sobre el estado de la población mundial, que es un grueso volumen lleno de datos, estadísticas y análisis sobre un tema que tiene que ver con la población. Una vez fue la migración, otra vez fue sobre el proceso de urbanización, otra vez fue sobre la cultura. Ahora es el cambio climático. Entonces lo que quisieron hacer es junto con ese libro armar un suplemento *Jóvenes*, que es como se llama, que consiste en contar las historias de las vidas de ocho o diez jóvenes en distintos lugares del mundo en relación con esos temas, es decir, con la inmigración o la urbanización, o lo que sea que quieran en ese momento. Y bueno, me encargaron que hiciera ese trabajo, entonces cada año, giro dos o tres meses por lugares muy raros, para luego escribir lo que me piden. *Una luna*, este nuevo libro, es uno de esos viajes, un viaje muy particular porque es un viaje que duró veintiocho días. Es decir, una luna. Fue una especie de viaje chiflado, como yo le llamo, donde pasé de Europa Oriental a África, después a Europa Occidental y otra vez a África. Una especie de hiper viaje”.

En general, los relatos del libro tienen un tinte bastante trágico, los migrantes huyen buscando una vida mejor porque la están pasando mal. Un ejemplo: “Hay una historia de una chica de Kenia, que justamente se llama Kakenia. Ella pertenecía a la tribu Masai y quiso de alguna manera esquivar ese destino que su cultura le reservaba, que era primero sufrir la mutilación genital a la que suelen someter a millones de mujeres en África y del resto del mundo y después casarse a los 13 o 14 años con el novio que su familia le consiguió y vivir toda su vida como una especie de sirvienta de su marido. Quería esquivar ese destino y por ello trató de estudiar, y en un momento descubrió que había un lugar en donde le podían dar una beca. Pero sus padres y los viejos de la aldea no la dejaban, entonces tuvo que negociar, aceptó la mutilación genital a cambio de que la dejaran seguir estudiando. Y hoy está en Estados Unidos, casada con el hombre que quiere, tiene un hijo, trabaja donde le gusta. Tiene una vida totalmente distinta a la que hubiese tenido si no hubiese peleado por conseguirla”.

Cuando salió la reedición de tu libro Larga distancia, dijiste en una entrevista que empezaste a escribir crónicas de viajes para poder viajar y que después empezaste a viajar para poder escribir. ¿Qué cambió desde la escritura de ese libro hasta ahora, si es que algo cambió?

Sigue siendo así. En el caso de *Una luna* fue un poco raro, porque yo no pensé que estaba escribiendo un libro,

∞ | ALEJANDRO CAVALLI

“Recibir
una caja
de muy
buenos
vinos
para mí es una fiesta”

ENTREVISTA A MARTÍN CAPARRÓS POR SU LIBRO UNA LUNA, EDITADO POR ANAGRAMA

yo estaba haciendo este viaje porque había aceptado este trabajo y me encantaba hacerlo y tomaba notas porque cuando viajo escribo. Porque viajar es una situación que me da muchas ganas de escribir cosas, contar lo que veo, lo que se me ocurre. Tengo mucho tiempo para pensar boludeces. Los viajes en avión son muy largos, las noches son solitarias, entonces tengo mucho tiempo. Entonces tomaba notas para mí porque es lo que hago, y recién en el medio del viaje dije, bueno esto podría ser un nuevo libro, y ahí decidí ordenar eso que tenía.

También decías que muchas veces te pasa de decir qué carajo estoy haciendo acá.

Sí, sin dudas, en esas noches solitarias cuando estaba, por ejemplo, en Moldavia, las primeras noches de este libro suceden ahí; en ese momento hacía quince o veinte grados bajo cero y yo no entendía una palabra, nadie entendía los idiomas que yo sí. Estaba en un hotel feo en donde a las diez de la noche apagaban las luces y las calles eran impenetrables. Era muy aburrido. La conexión a Internet era muy lenta. No había ninguna buena razón para estar ahí.

ME GUSTA POCO EL MALBEC. CREO QUE ES UN ACTO DE PATRIOTERISMO INNECESARIO, EL HECHO DE QUE NOSOTROS TENGAMOS MEJOR MALBEC QUE OTROS PAÍSES NO HACE QUE SEA EL MEJOR MALBEC.

GASTRONOMÍA

Entre historia e historia de los distintos migrantes, Caparrós cuenta anécdotas del viaje y muchas veces de las distintas comidas y bebidas de los diversos lugares donde estuvo. “He escrito bastante de comidas, incluso dirigí la revista *Cuisine & Vins*, una revista clásica de comidas y bebidas en la Argentina, la dirigí en 1991-1992, cuando casi no había revistas de gastronomía en el país. Y he escrito mucho sobre comidas y bebidas. Y en estos viajes una de las cosas en las que más tiempo pierdo, si es que se puede decir que es perder el tiempo, es en buscar dónde voy a comer en esas cuatro o cinco ocasiones que voy a tener para comer en cada lugar”. Haciendo memoria, de este viaje Martín recuerda algunas. “El caviar moldavo, que no es moldavo sino ruso. Porque hay mucho contrabando de caviar. Una lata de 200 gramos de caviar, por ejemplo, costaba 10 dólares, que puede costar 500 dólares en cualquier negocio en el resto del mundo. Recuerdo también una comida, una especie de guiso medio dulzón, en Sudáfrica. En Liberia, una ciudad muy destruida, una señora representante del Fondo de Población me invitó a comer a su casa y fue una comida muy normal, pero el hecho de tomar vino después de cuatro o cinco días de no ver una copa ni pintada le dio a esa velada un aspecto distintivo. En medio de un ambiente supuestamente relajado, más o menos occidental, la señora me contó como 84 de sus parientes habían sido masacrados en Ruanda. Esa discordancia absoluta, entre comida y conversación”.

En cuanto al vino, y a qué variedades de uvas le gustan, acomodando su largo bigote manubrio con los dedos de la mano derecha, con su vozarrón declara: “Tomo vino casi todas las noches. Es raro que tome vino al mediodía pero también es raro que no tome vino por las noches. Tengo una bodega considerable y me gusta cuando como en casa ese momento de ir a ver qué vino voy a abrir. A veces es al contrario, cocino algo porque tengo ganas de tomar algún determinado vino. Cocino todas las noches cuando estoy en casa. Y al mediodía también. Siempre digo que no cocino como los hombres sino como las mujeres, porque no cocino en ocasiones especiales sino todos los días como hacemos todas las buenas mujeres (risas). Soy amplio en cuanto a gustos pero tengo ciertas preferencias que varían con los momentos. Me gusta poco el Malbec. Creo que es un acto de *patrioterismo* innecesario, el hecho de que nosotros tengamos mejor Malbec que

otros países no hace que sea el mejor Malbec. Es como decir, tenemos mejor cumbia villera que Austria y no por eso vamos a escuchar más cumbia villera. Un buen Cabernet es eminentemente mejor que un buen Malbec. En blancos, eso cambia mucho más, por ejemplo, ahora me gusta mucho el Sauvignon Blanc, ese gustito cítrico. Me gustan mucho los vinos sobre maduros. Me gusta menos el Champagne”.

POLÍTICA

“No veo ninguna opción que me parezca interesante, atractiva, productiva —dijo Caparrós cuando se le preguntó sobre el panorama político actual del país, a pocos días de las elecciones—. Otra vez se está discutiendo nombre de personas sin tener la menor idea de cuáles son sus proyectos o programas, sin que haya la menor participación, ni el intento por parte de los partidos políticos para que la ciudadanía participe para armar una sociedad mejor. Puede haber distintas versiones de cuál sería esa sociedad mejor. Pero si empezáramos a discutir eso en vez de si fulana o mengana... Seguimos dando cada vez más pasos para atrás”.

Una especie de democracia infantil.

Sí, una forma infantil publicitaria de la democracia, se elige un candidato como se elige un detergente. Con el mismo grado de reflexión y compromiso. Con la diferencia que el detergente te jode las manos y el candidato te jode todo lo demás.

Se hace la hora de que Caparrós suba a lo de su dentista, pasaron treinta y cuatro minutos de los treinta acordados, termina su café de un sorbo, y cuando se está por levantar concluye: “Volviendo al tema de la literatura y el vino, me quedé pensando, por ahí te sirve agregar que cuando firmo un contrato por la escritura de un libro, tengo una cláusula que decidí agregar, que es que cuando el texto salga publicado el editor me tiene que mandar una caja de muy buenos vinos. Porque la edición, que al principio era algo extraordinario, al final es algo rutinario. Siempre digo que un libro es algo que uno hizo hace mucho tiempo. Entonces, la salida de uno termina siendo como salir a bailar con una ex novia. No tenés ganas (risas). Pensé, para darle una marca festiva, quería hacer algo. Entonces me dije, recibir una caja de muy buenos vinos para mí es una fiesta. Antes de ayer, por ejemplo, me llegaron los de *Una luna*” 🍷

